LA ENTREVISTA

Andrés Echenique

Capítulo 1

LA ENTREVISTA

La oficina del licenciado Godoy era muy amplia. Cuando Claudia entró y cerró la puerta tras de sí, notó que la alfombra estaba demasiado mullida; tanto que resultaba incómodo caminar sobre ella con las zapatillas de aguja alta —un par de sus mejores— que había escogido ese día para causar una buena impresión en la entrevista. Después de leer la solicitud y de hacer algunas preguntas de rutina, Godoy alzó la mirada y cargó su voluminoso cuerpo hacia atrás, sobre el alto respaldo de su silla ejecutiva.

—Sí. Sí le doy el trabajo… pero antes debe probarse ese uniforme aquí mismo, enfrente de mí —le dijo mientras con su mano señalaba una blusa, un vestido y un saco que se encontraban sobre un largo sofá de cuero abotonado.

Claudia se quedó congelada. Bajó la cabeza y, de reojo, logró ver las prendas. Pronto la abandonó el frío, y empezó a sentir un calor que le subía por el rostro, para luego bajar y volver a subir, repetidas veces. Su cara mostraba, de pronto, un rubor intenso.

—¿Qué ha dicho? —respondió balbuceante, con los ojos crecidos, sin poderse creer lo que acababa de escuchar.

Godoy se levantó y caminó orondo hacia un extremo de la oficina donde había una barra. Tomó un vaso de cristal tallado, echó un poco de hielo, y vertió un licor color ámbar oscuro.

—¿Gusta tomar algo, señora?

—¿…? —Claudia volteó a mirarlo, estupefacta, mientras él husmeaba un puro largo que había extraído de una caja de madera—. Creo que no comprendí lo que me dijo.

—¡Ay, señora! Ahora se lo explico detalladamente. Verá usted: primero se pone en pie, enfrente del escritorio. Enseguida, deja caer su vestido, lentamente. Si trae usted algún camisón o faja, se los quita, por favor. Solo déjese el sostén y la tanga. Ah, y las zapatillas, por supuesto. Bajo ningún concepto vaya usted a quitarse esas lindas zapatillas.

—¡Oh! —Claudia se llevó la mano a la boca.

—Camina usted hacia el sillón, tranquilamente, y sin ninguna prisa, se prueba el uniforme. Esto es sumamente importante: no debe haber

ninguna prisa, todo debe ser sosegadamente. Si no, no hay trato.

Claudia aspiró profundo; se sentía sofocada y mareada. Miles de mariposas revoloteaban por su cabeza. Le tomó tiempo ordenar sus pensamientos de nuevo. Solo entonces logró comprender el motivo por el cual, mientras esperaba en la sala de recepción, había visto salir de la oficina a una chica rubia, con el rostro enrojecido y los ojos llorosos. La muchacha —alta, esbelta y muy guapa— se la había quedado viendo con una mirada recelosa y afligida que la dejó intrigada. Vestía el uniforme de la compañía: una falda a medio muslo y un saco, ambas prendas de color azul marino; la blusa era de color blanco. La recepcionista le había dicho amablemente a la joven mientras le sonreía: «Bienvenida a la compañía. Enseguida viene tu supervisora. ¿Te doy una bolsa para que guardes tu ropa?».

— Aún no ha contestado mi pregunta: ¿desea usted tomar algo? —le dijo el licenciado mientras observaba su puro, y cuidadosamente recortaba la punta.

Claudia experimentó una profunda vergüenza. Desde los trece años había sufrido hostigamiento constante por parte de los hombres. La larga lista de acosadores estaba encabezada por su padrastro y algunos de sus primos. A sus treinta y ocho años había aprendido a mantener a raya a sus depredadores y a otras bestias. Pero esto era diferente. Sintió que la trataban como prostituta. Pronto empezó a sentir que una rabia incipiente crecía, poco a poco, en su pecho. Miró con odio a Godoy y deseó gritarle y golpearlo. No obstante, se contuvo. No podía darse el lujo de dejarse llevar por sus emociones. No ahora.

El licenciado regresó a su lugar y se sentó. Ella sintió un profundo asco al aspirar el aroma de su colonia fina.

—Usted disculpe, señora. No vaya a pensar que soy un maleducado. La he invitado y usted no ha respondido. Tendré que beber solo. —Godoy apuró un sorbo sin dejar de mirarla, ahora con una leve sonrisa cínica que no se esforzó en ocultar—. ¿Y bien, señora?

Claudia permaneció muda. Por su cabeza atravesaban los pensamientos del alquiler y las colegiaturas atrasadas, la alacena semivacía, el recibo de agua pendiente, y el teléfono suspendido. Además, llevaba tres meses padeciendo una fuerte gastritis. Sabía que la compañía ofrecía un sueldo muy competitivo y que, además, percibiría cuantiosas propinas y dispondría de un seguro de gastos médicos para ella y su hija de catorce años.

—Le agradezco su ofrecimiento, pero no me gustaría tomar una decisión precipitada. —Claudia se sorprendió a sí misma con su

respuesta—. Permítame pensarlo unos días.

—¡Je!... Señora, no quiero ser un grosero, pero… ya no está usted en edad. Si la he entrevistado, ha sido porque me pidieron el favor muy *encarecidamente*. Si usted se retira de mi oficina sin llegar a un acuerdo, no estoy seguro de querer entrevistarla de nuevo. Y si lo hiciera, sería bajo otras condiciones.

Al salir de la oficina, quiso despedirse de la recepcionista: «Gracias por atenderme; buenas tardes». No obtuvo respuesta. La empleada simuló estar demasiado ocupada, y ni siquiera levantó la vista.

Horas más tarde, esperaba a Romina —su única amiga— en una cafetería modesta. Se había sentado fuera, en una mesa apartada y discreta, desde donde podrían hablar sin apenas ser escuchadas por extraños. El día había sido caluroso, pero ahora empezaba a soplar un aire fresco, muy tenue. Contempló los coches que pasaban por la calle, y exhaló aliviada después de llevarse una pajilla a la boca y apurar el primer sorbo de café. Sobre la mesa estaba otro vaso, también con café. Ella y Romina habían sido amigas desde el colegio, y la quería casi como a una hermana. Era la única que nunca la envidió —era tanto o más bonita que ella— y cuyo esposo, a diferencia de las parejas de sus anteriores amigas, jamás había intentado contactarla furtivamente, ni le había hecho insinuaciones de ningún tipo. Emilio era fino, educado, guapísimo y, más que nada, respetuoso.

Al llegar, Romina la saludó con un beso efusivo y empezaron a charlar de banalidades. No obstante, llegó el punto en el que Claudia echó a llorar y empezó a narrar los sucesos desagradables de esa mañana.

—Espera, amiga. Detente. No puedes hablar así de Godoy.

—¿…? —Claudia se quedó mirando a Romina con estupor.

—El licenciado es una persona respetable. No puedes ir por la calle así, manchando su honor y su reputación.

—¡Romina!... Te juro que…

—Amiga, amiga…. Espera. ¿Te imaginas lo que pensaría Emilio si te escuchara hablar?

—¡Romina!... No me digas que… ¡Oh, Dios!...

—¡Claudia, ya basta! ¿O qué?... ¿Quieres destruir mi matrimonio como destruiste el tuyo?

Claudia inclinó la cabeza para que nadie advirtiera su congoja, y echó llorar a borbollones.

—Amiga… ¡Perdóname!... no quise lastimarte. —Romina se pasó al lado de Claudia y la abrazó—. Eres demasiado inflexible y tú misma te haces daño. Mira la situación en que estás: enferma y sin dinero.

Luego explicó Romina que Godoy se había mostrado renuente a entrevistarla debido a su edad, y debido a que había una larga fila de chicas jóvenes y hermosas deseosas de tomar el puesto que ella, torpemente, había declinado. Le contó de los bonos e incentivos que recibían las empleadas más dedicadas, y de los préstamos para adquisición de coches y para enganches de hipotecas que Godoy autorizaba. Además, el licenciado era generoso y desprendido, y solía hacer obsequios —pagados de su bolsillo— a las empleadas más destacadas. Le recordó que Luis, su impúdico y desvergonzado exesposo, había desaparecido —recientemente— sin dejar rastro; que la salud de ella se encontraba mermada; que su hermana había cortado toda relación con ella desde el día en que Claudia había *calumniado* a su cuñado debido a *supuestos* toqueteos, y que no había ninguna persona en el mundo dispuesta a ayudarla. Nadie fuera de Romina, por supuesto.

De a poco, Claudia fue asimilando la gravedad de sus circunstancias y el insensato error en que había incurrido esa mañana. Le pidió a Romina que intercediera por ella para que le concedieran otra entrevista. Romina advirtió que le sería muy difícil y que, de lograrlo, sería bajo duras condiciones.

Como a los tres días, mientras Claudia se encontraba frente al espejo del baño, experimentó náuseas y vomitó en el lavabo. Tosió y vomitó de nuevo. Luego remojó una toalla y se talló el pubis insistentemente, sin lograr quitar por completo la asquerosa fragancia de la colonia de Godoy. Enseguida salió en ropa íntima y tacones a la oficina para —lenta y sumisamente— ponerse el uniforme de la compañía. El licenciado apenas prestó atención al ritual. Se encontraba revisando y firmando unos papeles importantes.

—Quiero que cada martes se presente usted en mi oficina a las seis de la tarde. Así que, antes de venir a trabajar, se ducha, se depila y se pone usted una tanga y un sostén atractivos. Ya sabe que soy hombre de buen gusto. —Godoy extrajo tres billetes de su cartera—. Tome. Cómprese usted algo de lencería fina. Ah, y ni se le ocurra tener relaciones el lunes por la noche con algún otro hombre. Si meto mi cara entre sus piernas y me encuentro con alguna porquería, la despido.

— Sí, licenciado —musitó, cabizbaja y sometida.

—Ah, y también quiero que coma un poco más. Está usted excesivamente delgada.

Al cabo de un par de semanas, Claudia ya estaba enterada de cómo se movían las aguas en la compañía. Prudencia, una compañera muy amigable e indiscreta, se encargó de contarle buena parte; el resto lo dedujo por simple observación. El contador tenía por querida a su asistente, la cual sostenía constantes disputas y rencillas con la jefa de cajeras, debido a que esta le coqueteaba descaradamente a su amante. Prudencia aseguraba que dichos coqueteos se debían a que, la noche de una posada navideña, contador y jefa habían compartido cama. El subgerente de piso tenía un par de amantes, las cuales sobrellevaban la situación sin escándalo. No obstante, había estado pidiendo información de Claudia a Romina. Solo esperaba que Godoy perdiera interés en ella para reclamar su tajada. Eso sí, nadie como Godoy, gerente ejecutivo, quien se creía sultán turco y había hecho de esa sucursal su harén privado.

Disponía el licenciado de tantas mujeres que, durante las visitas semanales, Claudia lo encontraba desganado. Godoy se limitaba a acariciarle las tetas y a meter la cabeza entre sus piernas para hacerle un cunnilingus breve —mientras se masturbaba—, el cual solía durar apenas diez o quince minutos. Claudia volteaba el rostro hacia el respaldo del sofá, cerraba los ojos y pensaba en Chester, su terrier escocés. En cierta manera se sintió aliviada. Pensó que todo se limitaría a sexo oral, y a martes por las tardes. ¡Cuán equivocada estaba!

Un jueves, mientras hacía jornada nocturna, el subgerente de piso le ordenó que acompañara a Prudencia y a otra camarera —de nombre Aurora— a la oficina del licenciado. A Claudia le entró la extrañeza de subir tan tarde —eran las once y cuarto de la noche—, pues Godoy acostumbraba a retirarse a las siete. Mientras subían las escaleras, notó que Prudencia estaba excesivamente entusiasmada y alegre.

—¡Caramba, amiga! Apenas te han contratado y ya vas a saltar a las grandes ligas —dijo Prudencia, mientras volteaba a verla sonriente.

—¿Las grandes ligas?... ¿Qué es eso?

—Tú nada más déjate guiar por mí, y en un par de meses vas a estrenar coche.

—¿…? —Claudia miró con extrañeza a la atolondrada chica.

Al entrar en la oficina de Godoy, vio a un señor muy elegante, ya metido en los cincuenta, pero muy bien parecido. El hombre vestía un traje impecable, gris claro, y una corbata fina de color azul fuerte. Sentado en una esquina del sofá, tenía las piernas cruzadas, y había

logrado hipnotizar a Claudia con el gusto exquisito de su calzado. A sus pies, Lina, la jefa de camareras —quien se había puesto un vestido negro, elegante— se encontraba sentada sobre la alfombra, aspirando una de varias líneas de polvo blanco que había sobre la mesilla del centro. A Claudia le pareció que el hombre tenía un porte distinguido y una personalidad enigmática y atrayente. Recordó al canalla de Luis, el hombre con el que estuvo casada durante ocho años, y de quien estuvo perdidamente enamorada durante más de doce. Sí, Luis, el adúltero irremisible; el que era capaz de fornicar con una cabra de ojos dulces o con una gallina de caderas anchas. Y, ahora… ¡Puaj!... Ahora Luis le parecía pequeño, pequeño, insignificante.

—Prudencia, prepárame a Claudia para presentarla al señor Rocha —dijo Godoy.

—No, licenciado; no me refería a ella —replicó Carlos Rocha—. Me refería a la niña que tienes en cajas. La rubia, alta, que acabas de contratar. Me han dicho que se llama Begoña.

Claudia sintió que le arrojaban un balde agua fría en el rostro. Agachó la cabeza, turbada, y le entró el deseo de salir corriendo.

—Carlos, tengo problemas con la niña nueva. Ha estado muy rebelde. Si sigue así, la voy a cambiar a intendencia; a ver si se larga de la compañía.

—No importa, invítala. Ah, y también deja a la señora. No vayas a ser un grosero.

Claudia se sintió abochornada. Después de toda una vida de acoso por parte de los hombres, Rocha le dio a probar las primicias del menosprecio masculino. Deseó agacharse y recoger los fragmentos de su anterior soberbia, que ahora él había desperdigado por los suelos. Apenas notó cuando Prudencia y Aurora la jalaron para llevarla al baño. Una vez dentro, Prudencia le acercó unas bolsas que se encontraban sobre el amplio lavabo. Claudia lloraba.

—No hagas caso, amiga. Así son todos los hombres —dijo la *experta* veinteañera—. Te ha caído del cielo la oportunidad de subir, y en tus manos está aprovecharla. Y no llores, tontita, que te estás arruinado la cara.

—¡Glup! —Claudia trató de contenerse.

—Anda, escoge. Es ropa íntima. Toma lo que te parezca más lindo y más caro. Y escoge el vestido y las zapatillas que más te gusten. —Señaló hacia el respaldo de dos sillas, sobre los cuales había una docena de vestidos. En el piso había unas quince cajas de calzado—. Lo que vistas

esta noche te lo puedes quedar. Toma lo que te siente mejor; luego escogemos nosotras. No dejes que te gane la perra de Begoña.

Claudia hurgó en las bolsas, buscando las prendas más atractivas. Se midió varias, mientras se miraba al espejo de frente, de lado y de espaldas. Una vez que se sintió sensual y linda, pidió la aprobación de Prudencia y Aurora, quienes se encontraban totalmente desnudas.

—¡Huy, mamacita, qué rica te ves! —Prudencia le soltó una nalgada, y desde la espalda la tomó de la cintura, recargando su barbilla en el hombro de Claudia—. Lástima que no te gustan las mujeres. O ¿me equivoco?... —La miró en el espejo con picardía. Las tres camareras soltaron una carcajada.

Cuando regresaron a la oficina, Godoy separó el puro de su boca y se quedó perplejo: Claudia lucía espectacular en un vestido rojo que ceñía todo su cuerpo sin apretarlo demasiado, pero dejando revelar un esbelto tronco —alargado y grácil—, una cintura brevísima y un abdomen más plano que una mesa. Las caderas tenían una redondez exquisita y proporcionada, y las nalgas, enhiestas, parecían esculpidas por el mismo Miguel Ángel. Ya antes Godoy le había manoseado las tetas con cierto desgano, pues le parecían demasiado pequeñas, pero el vestido revelaba —a todas luces— la altura y firmeza de sus hermosos senos de tamaño modesto. Rocha, quien platicaba animadamente con Begoña, le dedicó varias miradas discretas; Lina se la quedó viendo con deseo. Al pasar Begoña al baño para cambiar de vestuario, miró a Claudia con desprecio.

—Ven, amiga. —Prudencia jaló a Claudia hacia la barra, tomó un par de vasos y empezó a preparar las bebidas.

—No quiero beber. No he estado bien de salud —dijo Claudia.

—No seas tonta, amiga. Tienes que relajarte. Si haces lo que yo te digo, vas a estrenar coche en un par de meses. O tal vez te promuevan a un mejor puesto. Nada más no te vayas a olvidar mí.

—Bien. Pero no vayas a cargar mi bebida demasiado.

—¿Te gusta el señor Rocha?

—Un poco. —Claudia se ruborizó.

—¿Un poco?... ¡Pero si a todas nos enloquece! Y tú eres su tipo. Le gustan las anoréxicas.

Tardó Begoña casi una hora para salir del baño y, al hacerlo, todos callaron. Lucía un vestido dorado, el cual hacía juego con su rubia y ondulada cabellera. Su cuerpo semejaba el de Claudia, pero con un poco

más de carne en los pechos. Tal vez desnudas parecieran gemelas, de no ser por el cabello castaño oscuro de Claudia y sus brazos demasiado delgados. Godoy le guardaba resentimiento a Begoña, ya que varias veces le había negado los favores convenidos a cambio de su contratación. Ni por asomo le agradaba la idea de que Rocha le fuera a tomar estima; así que, para romper el trance hipnótico que había provocado la impertinente rubia, exclamó:

—Anda, Prudencia. Toma a Claudia y haz uno de tus numeritos.

—¡Ay, licenciado! Al menos deje que bebamos un par de tragos.

La gente reanudó las charlas que Begoña había interrumpido abruptamente. Aurora, que se había puesto el vestido más corto y sugerente de todos, servía bebidas a Godoy, Rocha, Lina y Begoña. En los momentos en que nadie prestaba atención, Claudia volteaba disimuladamente para ver a Rocha y entornaba los ojos, embelesada con su presencia. Hubo ocasiones en que las miradas de ambos se cruzaron, y ella —electrizada— volteaba la mirada, cohibida. En su vientre sentía los cosquilleos de un incipiente deseo reprimido.

—Ven, amiga. —Prudencia la acercó a la mesilla del centro y aspiró una línea de polvo blanco. Luego, alargó la mano y ofreció el aspirador a Claudia.

—No. Yo no. A mí no me gustan esas cosas.

—No seas tonta, amiga. Lo vas a necesitar para que hagamos el número que me pidió la marrana asquerosa.

—¿Número?... ¿Qué es eso?

—Pues que Godoy me ha tomado para lesbiana de sus fiestas, el muy cerdo. Y me ha pedido que te incluya en mi número.

Claudia enrojeció de estupor. Miró a Prudencia de arriba abajo. A ella no le gustaban las mujeres. Había vivido un par de experiencias lésbicas para complacer a su exesposo, pero habían tenido lugar en la intimidad de hoteles discretos.

—No te preocupes, amiga. No soy lesbiana. Solo es parte del trabajo.

Claudia había decidido aspirar una línea pequeña, pero sintió que le faltaría el valor de liarse con Prudencia frente a todos. Resuelta, aspiró con confianza una línea mediana. No tardó en experimentar una euforia exquisita y una enorme confianza en sí misma.

—¡Oh, Dios!... quiero bailar, Prudencia —exclamó exaltada.

—¡Jajaja!... ¿Ves, amiga? Rocha siempre carga coca de la mejor que puede haber. Y nos podemos meter polvo toda la noche, si queremos.

Claudia —ahora totalmente desinhibida— echó a bailar con Prudencia. No tardó en unírseles Lina, quien ya antes había probado de Prudencia, y ahora se moría por tener a Claudia entre sus brazos. Godoy las miró complacido, a sabiendas de que pronto habría de empezar el espectáculo.

Prudencia jaló a Claudia hacia la barra, la tomó de la cintura y le empezó a besar el cuello. A Godoy se le puso la carne de gallina; se acercó a Aurora y metió su mano por atrás del vestido para manosearla mientras contemplaba el *número*. Begoña tomó el brazo de Rocha, malhumorada por la escena. Lina contemplaba a la pareja, absorta y excitada. Por su parte, Claudia imaginaba que Rocha la estaría mirando, y eso la animaba sobremanera. Las caricias subieron de tono, y también los besos. Ahora eran mutuos. Las manos de las dos mujeres corrían de arriba abajo por los muslos y por todo el cuerpo. Uno de los puntos climáticos de la exhibición se dio cuando Prudencia alzó el vestido de Claudia por arriba de sus caderas para dejarlo ahí, permanentemente. «Aaah…», exclamaron Lina y Godoy; Rocha clavó su mirada en la desnudez de Claudia, mientras Begoña sentía en el pecho una puñalada de celos intensos. La joven cajera abrazó la cintura del hombre maduro, como si tuviera miedo de perderlo, a pesar de que ya le había prometido que se la llevaría a su habitación de hotel. Para cerrar número, Prudencia se bajó el sostén y el corpiño, dejando al descubierto sus generosos senos, y, sentándose sobre una silla alta que estaba frente a la barra, echó la cabeza hacia atrás para decir:

—Amiga, bésame las tetas, para que quede contento el cerdo perfumado.

Todos estaban absortos y tensos, y, cuando vieron que Prudencia se bajó de la silla y empezó a acomodarse la ropa, aplaudieron con rabiosa enjundia. Claudia se sintió satisfecha de haber sido objeto de las miradas de Rocha.

A las cuatro de la madrugada Rocha se levantó del sofá, y exclamó:

—Claudia, tome sus cosas, que usted también se va conmigo.

La cara de Godoy se iluminó y, solícito, se acercó a Claudia para discretamente decirle:

—Tómese libre el día de mañana. No se preocupe. Yo me encargaré de que la nombren empleada del mes, y de que le den un buen incentivo

económico.

Claudia y Begoña se esmeraron por complacer en la cama al importante ejecutivo, y se imaginaron que las visitaría o, al menos, las llamaría por teléfono. ¡Pedazo de ilusas! Nunca llegaron los tupidos ramos de flores ni los regalos costosos en cajas de colores llamativos. No, señor; nada de eso. Al menos no por parte de Rocha. A Begoña le mejoró la suerte: Godoy ahora le otorgaba permisos especiales y le asignaba jornadas benignas. A Claudia, en cambio, le aguardaba un porvenir oscuro. Si bien era cierto que la nombraron empleada del mes y que percibió un cuantioso incentivo, Godoy —para infortunio de ella— le tomó una predilección especial. Y todo a raíz de la escena lésbica que había protagonizado con Prudencia. Ahora, el licenciado desatendía a las demás empleadas para poder estar con Claudia una tarde sí y otra también. No solo tuvo que sufrir la pobre mujer el aumento en la cantidad de visitas, sino el cambio en la naturaleza del acto: las sesiones de sexo oral medianamente tolerables fueron reemplazadas por un coito repulsivo y asqueroso. Claudia continuaba volteando el rostro hacia el respaldo del sofá, y tratando de concentrar sus pensamientos en Chester y en sus graciosas piruetas, pero se lo impedía el peso del sudoroso cuerpo de Godoy que aplastaba el suyo, impidiéndole respirar. Con todo, el licenciado se esforzaba en recompensarla haciéndole regalos costosos, los cuales Claudia aceptaba, aunque fuera para no importunarlo.

Uno de esos amargos días, Lina le avisó que debía subir a la oficina de Godoy. Claudia subió la escalera, aturdida, deseando que la muerte se la llevara. La invadió un profundo fastidio, y subió cada peldaño lentamente. Tocó la puerta y, al entrar, vio al licenciado sentado en su escritorio, comiendo. Godoy sostenía un emparedado con la mano derecha, mientras con la izquierda señaló hacia el sofá, donde había una docena de vestidos, bolsas con ropa íntima y cajas de calzado. Begoña, que se encontraba totalmente desnuda —excepto por las zapatillas que traía puestas—, se probaba ropa íntima para enseguida buscar la aprobación de Godoy.

—Rocha ha enviado por ustedes, pero me ha pedido que apruebe la ropa que habrán de vestir. Se trata de una reunión muy importante… ¡Chom, chom!... desnúdese y empiece a probarse la ropa íntima.

A Claudia la invadió una inmensa alegría y un profundo sentimiento de esperanza. Por fin habría de ver al hombre que había despertado en ella las sensaciones más intensas de su vida. Volteó a ver a Begoña y ambas se sonrieron. No podían hacer menos: la noche que estuvieron con Rocha, las dos se hicieron el amor apasionadamente y lo disfrutaron mutuamente, aunque después lo callaron y no intentaron verse por su cuenta. Las dos sabían que se trataba de un rito sagrado, oportuno solamente en presencia de su hombre. Claudia pensó que habría de aprovechar la ocasión para pedirle a Rocha que detuviera su tormento. Ella estaría dispuesta a hacer cualquier cosa que le pidiese:

sadomasoquismo, amor lésbico, exhibiciones para sus amigos… todo, excepto sufrir las inmundas caricias del licenciado.

Fueron llevadas a la enorme suite de un lujoso hotel. Había más de veinte hombres, todos vestidos con trajes elegantes, y tal vez treinta mujeres, la cuales lucían vestidos provocativos. Poco después de entrar, Claudia sintió que su corazón se desmoronaba: en una esquina lejana vio a Romina, sentada en las piernas de un hombre calvo y ya muy entrado en años. Tenía ella el brazo derecho rodeando los hombros y la nuca del hombre de casi setenta años, mientras él le acariciaba una pierna y deslizaba sus dedos por debajo del corto vestido. Sintió una profunda tristeza por Emilio, quien era un hombre no solamente joven y muy guapo, sino bueno. Como sintió pena ajena de que Romina se enterara de que la había visto, tomó de la mano a Begoña y la dirigió hacia el extremo contrario de la suite.

—¿Conoces a Romina? —La muchacha había notado el estupor en el rostro de Claudia.

—Sí… ¿Y tú?

—Por supuesto. Trabaja en la casa matriz de la compañía. Fue ella quien me consiguió empleo en la empresa.

—¡Ah, ya veo!... ¿Dónde la conociste?

—En un restaurante donde yo trabajaba anteriormente. Ella iba a comer ahí con sus amigos. Siempre la acompañaba su esposo viejito… o amante… o qué sé yo. ¿Y tú? ¿Dónde la conociste?

—Igual que tú, en un restaurante donde yo era camarera.

Llegó Rocha y las saludó efusivamente. Claudia sintió que le faltaba el aire y que le temblaban las corvas. Deseó intensamente que la besara en la boca, pero el hombre se limitó a abrazar a ambas mujeres por la cintura. Las dos recargaron la cabeza en el pecho de Rocha, se vieron a los ojos y se sonrieron mutuamente, complacidas.

—¿Cómo han estado mis mujercitas? Quiero presentarles una persona muy importante.

Las llevó a la barra y las presentó a un hombre ya metido en los sesenta, quien no era guapo, pero si muy elegante y refinado. El tipo logró mantener el interés de las mujeres con su charla interesante y divertida. Se trataba del vicepresidente de finanzas del grupo de empresas. Estuvieron departiendo con él, echando la copa y aspirando cocaína durante un par de horas, al cabo de la cual el tipo empezó a

despedirse de Rocha.

—Claudia, acompaña al señor a su habitación. Mañana yo hablo con Godoy para que te dé el día libre. —La pobre deseó que se la tragara la tierra.

A los tres meses concluyó el período de prueba de Claudia, y tuvo derecho al servicio médico que otorgaba la empresa a sus empleados. Ya llevaba tiempo sufriendo de una gastritis crónica que la causaba dolor al comer, y que la había hecho bajar de peso. Decidió atenderse. Su médico ordenó diversos estudios para un examen general de salud, y los pertinentes a su padecimiento gástrico.

—¿Cuándo fue la última vez que se hizo un examen general de salud?

—No recuerdo, doctor. Hace siete años me divorcié y he tenido problemas de dinero.

—Por favor, intente hacer memoria.

—Uhm… Digamos, hace ocho o nueve años. ¿Por qué lo pegunta? ¿Es muy grave mi gastritis?

—Usted no tiene gastritis, señora. Usted padece una candidiasis esofágica.

—Ah, vaya. ¿Y es eso una enfermedad grave?

—La candidiasis, en sí, no lo es. Bastaría recetarle un antimicótico para remediarla.

—Entonces… ¿cuál es el problema?

—Señora, es su caso, la candidiasis en una manifestación de las etapas tempranas del SIDA. Me temo que usted ha sido portadora del VIH desde hace bastante tiempo, tal vez diez años; poco más, poco menos. Su sistema inmunológico empieza a mostrar deterioro. Tendré que ordenar más estudios para determinar los medicamentos y las dosis pertinentes. Además, deberá usted hacer cambios drásticos en su estilo de vida.

—¡Oh, Dios!… ¡No es posible!

—Le recomiendo que avise a todas las personas con quienes haya tenido contacto sexual en los últimos diez años. Será necesario que se hagan una prueba de VIH.